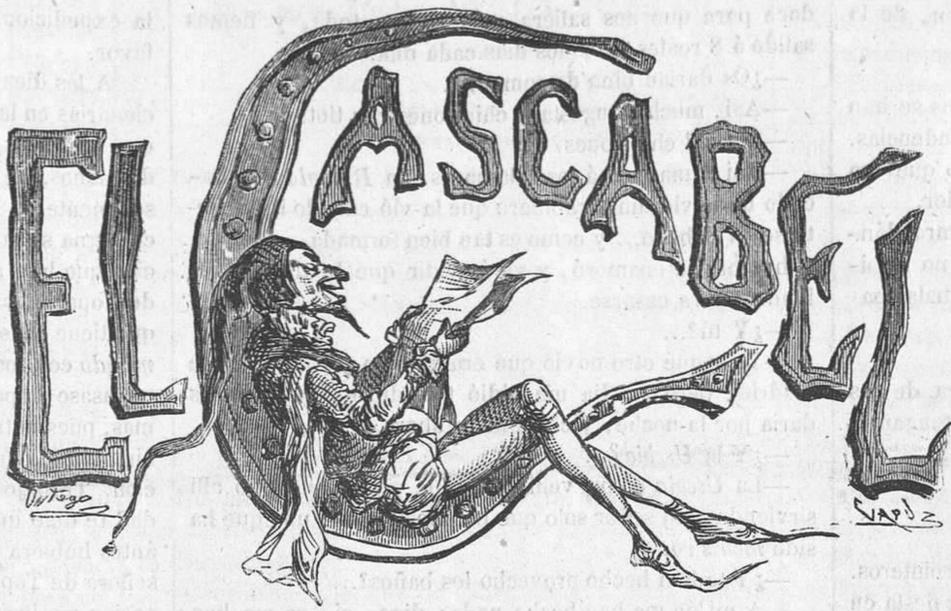


PRECIOS

MADRID	
Tres meses..	9 rs.
Seis id. . . . .	16 »
Un año. . . . .	30 »
PROVINCIAS	
Tres meses..	10 rs.
Seis id. . . . .	18 »
Un año. . . . .	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,  
Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO	
Tres meses..	22 rs.
Seis id. . . . .	38 »
Un año. . . . .	74 »
Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.	
AMERICA	
Seis meses..	38 rs.
Un año. . . . .	70 »
FILIPINAS	
Seis meses..	60 rs.
Un año. . . . .	100 »

ADMINISTRACION,  
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

—Ya vé V., D. Anastasio, ya vé V. cómo hacemos lo que no hace nadie.  
—Sí, señor, ya lo veo y no lo extraño, y convengo con V. en que lo que hacen los progresistas no lo hace nadie.  
—Eso es decir que los progresistas somos nadie.  
—No, señor, es decir que nadie es capaz de hacer lo que los progresistas.  
—¿No han estado las oposiciones aturdiendo al mundo pidiendo economías?... Pues ya se hacen las economías... No va á quedar títere con cabeza; ya verá V. cómo se suprimen empleos...  
—Mire V., amigo D. Narciso,—y ahora advierto que tiene V. el nombre más progresista que puede imaginarse—para hacer economías, como para todo, es preciso saber lo que se hace.  
—Madrid está lleno de cesantes y excedentes á consecuencia de las economías.  
—Pero entre esos cesantes y excedentes, ¿cuántos políticos gordos hay?... Se suprimen los empleos necesarios

y se dejan los de puro lujo. Mire V., las economías han debido empezar por servir sin sueldo los progresistas empingorotados las plazas del Consejo de Estado, los ministerios, subsecretarías, direcciones y gobiernos de provincia. Luego podía también economizarse lo que cuesta la milicia ciudadana; sólo el armamento repartido desde el glorioso 28 de Setiembre de 1868 á la fecha representa una cantidad enorme.  
—Eso no puede hacerse.  
—En cambio, se hacen en Fomento economías absurdas; en obras públicas, por ejemplo, no debe rebajarse nada, y lo sensible es que no puedan aumentarse; en instruccion pública es un sacrilegio pedir rebaja. En fin, D. Narciso, crea V. que para gobernar, para hacer economías, para aumentar los ingresos, para establecer la buena administracion, para reformar los servicios públicos, para elegir los empleos, para hacer las cosas bien, lo primero que se necesita es saber lo que se hace.  
—Y cree V. que nosotros los progresistas...  
—Hombre, clarito, Vds. no saben...  
—Muchas gracias.  
—No hay de qué.

—Oye, José; ahí ha estado la Juliana, la del oficial de carpintero, y me ha hablado para que yo te hable á ver si quieres que te metan en *La Internacional*. Según ella me ha dicho, es así á modo de una cofradía...  
—¡Mujer! ¿qué dices?  
—O sacramental.  
—No digas desatinos.  
—Cuando no trabajes te darán un diario.  
—Mira, Ramona, tú eres muy buena y todo te lo crees. Cuando venga otra vez la Juliana á decirte algo de eso, le dices que yo no me quiero meter en esa sociedad, que soy más independiente y libre con mi trabajo que sujetándome á la voluntad de los directores de esa sociedad, que quieren á los obreros por instrumentos de sus planes, y que no necesito diario alguno cuando no trabaje, porque no pienso dejar de trabajar más que cuando esté enfermo ó viejo é inútil, y para entonces con lo que tú ahorras con tu arreglo y economía y con lo que todos los domingos llevo á la Caja de la plaza de las Descalzas, tendremos para vivir, pobremente, sí, pero con decencia y con tranquilidad.  
—Yo no sabía lo que era *La Internacional*, y creí de buena fe que era una cosa buena y útil.  
—Así lo creen muchos infelices, pero á mí me basta

— 180 —

—Jugaremos un escudo en la primera partida.  
—¡Es mucho!...  
—No tal, uno se pierde y otro se gana... siempre quedará entre los dos...  
—Sí, pero si todo lo gana uno solo...  
—¡Es imposible!... los dos jugamos lo mismo.  
—Pero tú no has puesto...  
—Ya te he dicho que no tengo más que dos monedas de oro... Ya cambiaré cuando haya perdido algunos escudos.  
La partida empezó; el rostro de Chaudoreille se animó, y sus ojos parecían que se le querían salir de sus órbitas para mirar el juego de su adversario.  
—No son muy nuevas estas cartas, dijo Marcelo; casi todas están marcadas.  
—Es que han servido mucho...  
Chaudoreille ganó una partida y despues otra, sin dejar ganar á Marcelo ni un juego, pues gracias á las señales que tenía hechas á las cartas, las conocía perfectamente, lo mismo por el revés que por el derecho.  
—¡Es singular! exclamó Marcelo; nunca tengo buenas cartas... siempre tienes tú las mejores...  
—Es la fortuna; pero no tengas cuidado, que pronto variará.  
Pero la fortuna no cambiaba y los escudos de Marcelo pasaban al bolsillo de Chaudoreille, el cual se hallaba con sus cinco sentidos puestos en el juego; pero de pronto sonó la campana de la puertecita del jardín.  
—¡Oh, Dios mio! dijo Marcelo.  
—¡Soy perdido! exclamó nuestro caballero levantándose de su silla. ¡Sin duda vienen á prenderme!  
Al acabar de pronunciar estas palabras, echó á correr por la habitacion como un loco, hasta que vió una puerta, por la cual desapareció, sin hacer caso de Marcelo que le gritaba:  
—¡Es el señor marques!... ¡Es M. de Villebelle!... Espérame aquí, y yo te haré salir sin que te vea.  
Pero Chaudoreille había desaparecido, y la campanilla seguía sonando, por lo cual Marcelo bajó á abrir, sin saber lo que había sido de su huésped.

— 177 —

verdad... Ya sabes tú que soy un calavera... un refinamiento de honor... Pero esta vez al menos, no he tenido yo la culpa... Yo me paseaba tranquilamente, cuando tres hombres se pararon delante de mí y pronunciaron palabras que me ofendieron en sumo grado; yo les dije que siguieran su camino, y quisieron impedirme el paso. Entonces tiré de la espada... Una infinidad de gente nos rodeaba; uno de mis adversarios se puso en guardia... entonces me tiré á fondo... el combate fué terrible... mi enemigo se batía á la desesperada, pero bien pronto cayó á mis piés sin vida... y entonces, uno de sus compañeros me dijo que acababa de matar al heredero del trono cochinchino.  
—¿Y qué diablos hacia el príncipe de la Cochinchina en los boulevards con ese par de imbéciles que le han dejado batirse contigo?  
—¡A fe mía que no he tenido tiempo de informarme!... Quizás habria venido á París para divertirse... ¡pobre mozo!... Pero, como tú comprenderás, esta aventura va á hacer mucho ruido... Van á dar mis señas y se van á poner en mi persecucion todas las rondas de París; ¡es menester, pues, mi querido Marcelo, que me ocultes aquí unos cuantos días!  
—Lo siento en el alma, pero no puede ser; creí que me traías algunas órdenes de mi amo, y por eso te abrí la puerta; pero puesto que no es así, no tienes más remedio que irte; me está prohibido terminantemente por el señor marques de Villebelle recibir á nadie, excepto á sus enviados, y si llegara de pronto con algunos amigos y se encontrara aquí con un extraño, me echaria de su casa.  
—¡Diablo! es que yo no soy un extraño para él, puesto que le he servido en una de sus intrigas amorosas... y creo, mi querido Marcelo, que no deseas mi muerte.  
—No, pero tampoco quiero perder mi empleo...  
—¿No estás solo aquí?  
—Sin duda; pero el señor marques viene cuando menos se le espera.  
—Hoy no vendrá...  
—Eso es lo que tú no sabes.  
—Sí lo sé, porque le han mandado á llamar de la córte... No te pido otra cosa, sino que me des asilo hasta mañana... ¡Oh! Marcelo, mi vida está entre tus manos.  
—Te digo que no puede ser.  
—Todos los cochinchinos vendrán contra mí...

saber que esa sociedad es enemiga de la religion, de la propiedad, de la familia...

—¡Jesus! ¡Jesus!

—Y esto no es calumnia, porque documentos se han publicado que ponen bien de manifiesto esas tendencias.

—La Juliana me ha dicho que dice su marido que esa sociedad procura mejorar la suerte del trabajador.

—Mira, hija, la suerte del trabajador mejorará dándole instruccion, trabajo y consideracion, pero no inspiándole odio y envenenando su corazon con malas pasiones.

—Tienes razon.

—Desengáñate, mujer, estamos en la época de las locuras y las maldades, y Dios quiera que no tengamos todos que llorar muchos desastres.

—Diga V., ¿qué es média cola?...

—¡Hombre! eso se lo explicarán á V. los carpinteros.

—Lo digo porque en las invitaciones de cierta fiesta en la Granja, se expresaba que las señoras debian asistir con traje de média cola.

—Pues, señor, se lo preguntaré á mi mujer, que en eso de colas es maestra. Cuando sale á la calle, está ella en el portal y la cola la tiene en el segundo tramo de la escalera.

—Esa será cola entera.

—En fin, yo me figuro que la média cola será un traje que colea poco.

—Es decir, la cola cortada.

—Justamente; como la gatita de mi casa, que se le cortó la cola el otro dia.

—Vea V. por dónde tiene V. una gata de etiqueta.

—En la invitacion á los caballeros, se expresaba que asistieran con placas y condecoraciones.

—Se conoce que el que la redactó no es rana, y conoce ya á los cortesanos progresistas.

—Es claro, ellos dirán que las cruces se tienen para lucirlas.

—¡Hola, Manuela! ¿ya has venido de los baños?...

—Sí, hija; esta mañana hemos venido en el recreo.

—¿Y qué?... ¿has visto el mar?...

—¡Toma! y me he metido dentro. Pero, hija, ¿qué cartería!... Figúrate que en San Sebastian nos reunimos

doce para que nos saliera más barato todo, y hemos salido á 8 reales todos los dias cada una.

—¿Os darian bien de comer?...

—Así, mucha langosta y chipirones con tinta.

—¡Jesus! chipirones.

—Así llaman allí á los calamares. La *Rumalda* ha sacado un novio, un carabinero que la vió cuando iba á meterse en el baño... y como es tan bien formada... es claro, el hombre se enamoró, y va á pedir que le trasladen á Madrid para casarse.

—¿Y tú?...

—Yo saqué otro novio que era gallego y habia ido de Madrid; pero un dia me pidió tres duros, que me los daría por la noche, y chica hasta ahora...

—¿Y la *Usebia*?...

—La *Usebia* no ha venido porque se ha quedado allí sirviendo á un señor solo que ha puesto casa; uno que ha sido *menis'ro*.

—¿Y te han hecho provecho los baños?...

—A mí no me han hecho nada; digo, sí, se me han revuelto los humores... y chica, yo tengo aprension, porque como se bañan allí junto á una tantas señoras que están las pobres tan malas, una puede traer lo que no lleva, porque no creas, que el agua del mar no la mudan en toda la temporada.

—¡Jesus, qué porquería!... Por eso yo, hija, baños de mar no encuentro otros como los del Manzanares. Esos sí que son baños.

### CARTAS DEL GRAN MUNDO.

Mi querida marquesita: La otra noche en el concierto del Casino (*Cursaal* que decimos los elegantes), la enredadora condesita de la Trucha propuso una expedicion á Bayona; una expedicion compuesta exclusivamente de señoras, sin acompañamiento de maridos, padres, hermanos y demas gente ordinaria. Excuso decirte si la proposicion fué recibida con aplauso; á la media hora ya estaba organizada la expedicion con diez señoras, obtenida la vénia de los tiranos, es decir, de los maridos, y reunido el dinero necesario para hacer las cosas con el decoro correspondiente. ¡Qué lástima que *Asmodeo*, el revisero de *La Época*, no haya venido como cronista de

la expedicion! Hubiéramos hecho una excepcion en su favor.

A las diez del siguiente dia ya estábamos las expedicionarias en la estacion, esperando el express de Madrid que nos habia de llevar á Hendaya. Para tener un cuidado ménos, se habia resuelto no llevar ningun equipaje; solamente el vestido puesto y otro en un pañuelo. La consigna se cumplió rigurosamente, á pesar de la oposicion que hizo á esta medida de buen gobierno la señora de Topacio, ya sabes, el banquero de la calle del Perro, que tiene más dinero que pesa, la cual queria llevar el mundo con todas sus galas y atavios, y áun propuso se retrasase la partida para poder hacerse dos ó tres trajes más, pues entre los veinticuatro que ha traído de Madrid ninguno le parecia á propósito para la imprevista expedicion. Trabajo costó á las demas convencerla, y en verdad te digo que yo no me hubiera tomado tal trabajo, y ántes hubiera prescindido de la amable compañía de la señora de Topacio, cuyo marido es el sér que más compasion me inspira en el mundo.

Cuando llegamos á Hendaya, los *carabiniers* de la *re-publique* nos fueron preguntando una á una si *teníamos algo que declarar*. Figúrate si tendríamos que declarar, pero era supina tontería creer que se lo íbamos á declarar á ellos. Cuando le hicieron la pregunta á la señora de Topacio, ésta creyó que la decian otra cosa, y ya tuvo la mano levantada para sacudir al carabinero; detuvimosla, temiendo que la prendieran como probable cómplice de la *Commune*, y cuando el gendarme, un gendarme con un sombrero atroz y un sable atroz y una casaca atroz y una cara más atroz todavía, nos pidió los pasaportes, procuramos dejar en último término á la de Topacio para evitar que insultara al gendarme; ninguna llevaba más documentos que su persona, pero yo me adelanté gravemente y dije al gendarme que detras venia quien le daría cuenta de quiénes éramos, y el hombre se quedó tan convencido. Yo creo que nos tuvo miedo.

En Bayona hizo gran efecto nuestra entrada; figúrate tú diez mujeres juntas, de buen humor y españolas en un pueblo frances. En cuanto veíamos uno de estos *lieutenants* de la *ligne*, gordos y colorados, con unas charretteras monumentales que parece que se la van á tragar á una, soltábamos una carcajada unánime, y el *lieutenant* se quedaba mirándonos con cierta escama, aunque no atreviéndose á persuadirse de que la carcajada hubiera

— 178 —

—No tengas cuidado...

—No he comido desde ayer...

—No tengo yo la culpa...

—Marcelo, ablándate... ¿Quiéres que te lo pida de rodillas?... ¡Mirame á tus piés!...

—¡Vamos! no hagas tonterías.

—Ya te exaterneces... ya cedes... te lo conozco en los ojos...

—Bueno, pero sólo hasta mañana... ¿Y si viene el señor marqués esta noche?...

—Saltaré por las tapias.

Chaudoreille respiró entonces con más libertad, y se dirigió hácia la casa.

—¡Oh, encantadores sitios! ¡Cómo ha cambiado mi destino desde que os he abandonado! dijo el caballero sacando su antidiluviano pañuelo de seda y llevándose a los ojos.

Pero al llegar al comedor, su dolor pareció calmarse un tanto; en seguida se sentó á la mesa, diciéndole al mismo tiempo á Marcelo que fuera á la cueva, y no le dejó en paz hasta que vió servida la cena, porque ya eran cerca de las cinco y entonces se comía á las doce del dia.

—Yo no tengo hambre, dijo Marcelo sentándose á la mesa, porque acostumbro á cenar á las ocho.

—Bueno, pues entonces comeré por ti y por mí, y quiere decir que podemos volver á cenar á las ocho, porque yo no quiero que cambies tus costumbres... ¡Ah, amigo mio!... ¡qué dia!... ¡si tú supieras todo lo que me ha pasado! Al principio empezó bien; una cita amorosa con una dama que se ha enamorado de mí al verme desde su ventana...

—¡Bah!

—Dame un alon de ese pollo... Sí, amigo mio; se ha enamorado de mí; creo que le he inspirado una pasion volcánica... estoy seguro de que es una dama de alto rargo... me envió una de sus esclavas... creo que era mulata...

—¿Y para cuándo es tu cita?

—Para mañana á la noche... Pero ya ¿quién sabe si podré asistir?... ¡Ese duelo ha trastornado todos mis planes!... ¿quién sabe si me meterán por cinco ó seis años en la Bastilla!...

—¡Vamos, estás loco!

—¿Te crees tú que se mata á un príncipe de la Cochinchina como á un po-

— 179 —

bre comerciante del Marais?... ¡Mi situacion es terrible!... Pero dame un poco de pastel...

—¿Y quién sabe si no habrá muerto?

—¡Oh! si hubieras oido el grito que lanzó al caer, yo te aseguro que no dudarias... ¡Maldito dia!... Aquel tunante aguador es el que me ha traído la desgracia.

—¿Un aguador?

—Sí, con el cual me he batido esta mañana...

—¿Otro duelo?

—¡Diablo! ¿Puedo yo acaso dar veinte pasos sin batirme?... ¡El gobierno debia señalarme una pension para que me estuviera en mi casa!... Pero ¿qué es eso?... Me parece, querido Marcelo, que oigo ruido fuera...

—¿Y á nosotros que nos importa?... Serán algunos estudiantes que se divierten ó que se baten... ¡Oh, ya me hallo muy acostumbrado á eso!

—Puede que sean soldados que vengan á detenerme...

—Te digo que no...

—¡Ah, Marcelo! ¡qué feliz eres en no ser hombre de espada!...

—Cuando tengo que defenderme me sirvo de un baston, y eso me basta... pero yo no busco nunca cuestion con nadie...

—Haces muy bien y te envidio esa dulzura de carácter... pero ya no oigo nada... échame vino... ahora me siento más tranquilo.

—¿Has comido bien?

—Sí; ahora ya puedo esperar que llegue la hora de la cena. Pero, dime, Marcelo, ¿no fué aquí donde jugamos á las moscas?...

—No me acuerdo...

—¿Quiéres que juguemos una partida para pasar el rato?...

—Gracias, pero no me gusta ese juego.

—No es ese el juego que te propongo... me parece que tengo por casualidad una baraja en el bolsillo... Vamos, pues, á jugar un poco...

—No me gusta el juego...

—¿Qué diablo! es sólo por pasar un poco el tiempo... no tengas cuidado que no nos arruinaremos... no tengo más que dos monedas de oro en el bolsillo, y te juro que en perdiéndolas dejo de jugar.

Marcelo cedió al fin á las instancias de Chaudoreille, que en seguida sacó de un bolsillo una baraja, sobre la cual arrojó una mirada llena de ternura, y se sentó enfrente de Marcelo exclamando:

## ¡EN EL SITIO!...

(NOVELA DE VERANO)

ORIGINAL DE...

(Continuación.)

Pero sucedió lo que no podía menos de suceder. Como el comunero no podía estarse quieto con las piernas, daba cada golpe en la cabeza del niño que éste rompió á llorar de nuevo y tuvo que volver á los brazos de la niñera mientras todos entonamos á coro aquella canción de *El Niño*:

Dórmete, filio meo,  
que viene el coco  
y se lleva á los niños  
que dormen poco.

Únicamente la mujer del comunero, que se despertó con nuestro canto, dijo á su marido acariciándole el brazo con un pellizco:

—Mónstruo, ¿por qué no haces callar á estas gentes? ¿No veías que estaba durmiendo?

—Dispensa, mujer, era para dormir á esa criatura.

—¡Bárbaro! siempre me has de contrariar sin tener en cuenta que estoy en el sexto mes de mi embarazo. ¡Siempre dándome disgustos!...

—Pero, hija, yo no tengo la culpa, y esto no creo que pueda perjudicarte mucho.

—Cállate, calzonzos. Todavía no has satisfecho el antojo que tenía. Tú quieres matarme, Tenerife.

Y el marido y la mujer continuaron piropeándose.

Al poco rato volvió á quedarse dormida aquella buena mujer.

—¿Se llama V., Tenerife? pregunté á mi compañero.

—Sí, señor, Ramon Tenerife para servir á V...

—Es un apellido muy elevado. Yo creí que sería algun mote con que distinguiría á V. su mujer.

—No, señor. Soy Tenerife de veras. Por lo demás no extrañe V. que mi costilla me trate de este modo; siempre ha sido muy viva de genio, y como se halla en estado interesante no puedo contrariarla, y eso que muchas veces no tengo otro remedio porque tiene unos antojos imposibles de satisfacer. Figúrese V. que cuando estaba embarazada de la otra niña que se nos murió me dijo una noche que me tirase por el balcón á la calle. Es un antojo, me decía, un antojo, y chillaba espantosamente. Abrí el balcón, ella estaba acostada, y allí me pasó la noche hasta que pude entrar al hacerse de día cuando se durmió. Otra vez, en el mes de Enero, tuvo el antojo de que me metiera en la tinaja del agua.

—¡Vaya unos antojos!

—Y menos mal cuando no le daba porque fuera yo el paciente, que casi siempre lo era. Un mes antes de dar á luz á la niña se le antojó que le comprara una lámpara igual á otra que habíamos visto, en un viaje que hicimos á Madrid, en la antesala de un ministerio. Ni yo me acordaba ya de la lámpara ni había en el pueblo donde comprarla. Pues, amigo mío, nunca se la hubiera negado. La niña nació con una lámpara pintada en la espalda, que yo creo que se murió la chica de llevar allí aquella lucerna.

—Pero, eso es inverosímil.

—Así lo parece, sí, señor; yo nunca había oído hablar de antojos tan raros, pero lo puede V. creer. Ahora tiene dos, que tampoco se le podrán satisfacer. En Madrid ha sido todo su empeño que la llevase á la Tertulia progresista para hablar allí de los maestros de escuela. Es claro que esto no ha podido ser, y crea V. que lo siento, porque estoy temiendo que la criatura va á salir un progresista de arriba abajo. Sólo eso me faltaba. El otro capricho es que quiere vestirse de guardia civil, y no me dejará vivir hasta que le compre el uniforme.

—Hombre, ¿cómo se deja V. dominar de ese modo?

—Ya no hay remedio. He sido débil con ella y...

—Señor mío, dijo en esto Patricio; he estado dando pruebas de prudencia cuanto he podido, pero acaba V. de tropezarme por la octava vez en el callo más sensible que tengo, y no resisto más. V. podrá ser todo lo nervioso que quiera, pero le advierto que no aguanto otra embestida.

—Disimule V., contestó Ramon Tenerife, lo siento mucho, pero no lo puedo remediar.

—A mí también me está pegando en los pieses, añadió Felipa.

—¿Cómo, á ti también! Esto puede ser una insinuación de otro género, caballero; sepa V. que esta señora es mi mujer.

—Pero yo...

—Silencio: me dará V. una satisfacción en cuanto bajemos.

—Patricio, por Dios, dijo Felipa.

—Cállese V., señora. ¡Los nervios! Buen pretexto. Es V. un seductor infame, señor maestro de monos.

—¡Seductor! te llaman seductor, interrumpió la mujer de Tenerife. Si no te puedo dejar un momento de la vista. Pillo, tunante.

Y la mujer de aquel infeliz comunero, que sólo tenía de tal el nombre, empezó á darle cada pellizco, que con esto y sus nervios tuvo bastante para dar saltos y meter las piernas por todas partes. En uno de estos movimientos volvió á tropezar á Patricio.

—Tunante, ¿otra vez?

Y se agarraron los dos, convirtiendo el interior en un campo de batalla. Felipa gritaba, el niño berreaba, la mujer de Tenerife golpeaba á su marido, á quien se le cayó el barril de petróleo, y Manuel y yo hacíamos esfuerzos por separarlos. Hasta la perra se alborotó con el barrullo, y alzando la tapa del cesto se arrojó sobre Patricio, á quien mordió una mano.

Patricio cogió á la perra, y la arrojó por una ventanilla.

—Mi perra, mi perra, *Trini*, vociferaba Tenerife.

—Mi niña, *Trini*, *Trini*, gritó también su mujer.

La perra debió morir al recibir el golpe, porque la vimos un rato inmóvil en medio del camino.

Y aquel matrimonio, que tanto amaba á la perra, quedó sin fuerzas para continuar la refriega llorando á lágrima viva.

El coche no interrumpió por esto su marcha.

Durante la lucha corrió más que nunca. Ibamos cuesta abajo por el trozo de camino que se llama las *siete vueltas*.

A mayor número ascendieron las *vueltas* que dimos todos dentro del carruaje.

—Me las pagará V., caballero, dijo Tenerife dirigiéndose á Patricio y recogiendo el botijo del petróleo, que no se vació por milagro.

—Cuando V. guste, contestó aquel.

—Mi perra era lo que yo más quería.

—Que haya un cadáver más, qué importa al mundo, repuso Manuel en voz baja.

—Afortunadamente, mi protector el Sr. Mauricio Maubiet sabrá vengarme.

En este momento atravesábamos la puerta de hierro que hay en la entrada de la Granja.

—Gracias á Dios, exclamé.

Al poco rato paró la diligencia.

Eran las doce y media de la noche, y llegábamos como pueden Vds. figurarse después de haber andado de un modo tan agradable el resto del camino.

(Se continuará.)

## CASCABELES

SERVICIO DE CORREOS.

El día 15 hemos tenido el gusto de enviar al director de Correos el sobre de una carta que puesta en Madrid en el buzón el día 6, ha llegado á San Sebastian el día 13, pasando antes por Italia, como lo acreditan dos sellos estampados al dorso del sobre, que dicen:

«Torino.—Succursale núm. 1. 10 Ago. 7 M.

Susa á Torino.—10 Ago. 71 (1).»

La carta iba dirigida al director de nuestro periódico, con el sobre siguiente, clarísimamente escrito:—Guipúzcoa.—«Sr. D. Carlos Frontaurá, barrio de San Martín.—San Sebastian.»

Este viaje á Italia de una carta dirigida á San Sebastian á persona tan conocida, no necesita comentarios.

Y ahora se nos ocurre si habrán ido á Italia también los dos paquetes de pliegos de *Los Niños* que enviamos el 29 de Mayo á Barcelona y todavía no han llegado. Pero no desesperemos; cualquier día los recibiremos devueltos desde Rusia ó desde el Desierto.

Tres ayuntamientos republicanos de la provincia de Gerona se han declarado monárquicos.

¡Y luego dirán Vds. que Ruiz Zorrilla no hace milagros!

Es mucho lo que esta situación nos va gustando á todos.

Segun personas bien autorizadas, el arreglo que se hace en el cuerpo de ingenieros civiles, es de lo más progresista que se pueden Vds. figurar, es decir, de lo más absurdo.

El arreglito dará lugar á fundadas y legítimas reclamaciones.

sido por él. Cuando pasamos por la *mairie* nos sorprendió agradablemente ver una guardia de paisanos, vestidos unos con blusa, otros con levita, pero armados de canana y fusil; y digo que nos sorprendió agradablemente, porque nos recordó á nuestra querida patria, donde tantas veces hemos visto la canana y el fusil en la cintura y en las manos de los ciudadanos. Esta guardia tiene un tambor, hombre ya entrado en años, que en todo el día no suelta la caja y los palillos, y de cuando en cuando se pone en la plaza del teatro, y toca no sé á qué. Este *bon-homme* está, se le conoce, sumamente contento de su empleo, al cual, me parece que le dá más importancia de la que tiene.

El día que llegamos asistimos á una ejecución; no te asustes, que no vimos matar á nadie. Se trataba simplemente de degradar á dos soldados condenados á presidio por no sé qué delitos. Reunióse la tropa en la plaza de armas, y allí fueron conducidos los pobres soldados, y expuestos al público. Este espectáculo nos causó pena. Estos actos debieran verificarse en los cuarteles, pero no en una plaza pública, llena de espectadores curiosos é indiferentes. Uno de los soldados condenados lloraba cuando terminado el acto volvía entre bayonetas á su prisión. Yo me enternecí, considerando que aquel infeliz tendría madre. ¡Qué dolor el de la pobre cuando sepa la triste escena en que ha sido su hijo uno de los protagonistas!...

¿Qué dirán de este acto de crueldad y humillación los que en España se quejan de la severidad de las reales ordenanzas?...

Cuatro días debíamos estar en Bayona; ¿qué habíamos de hacer en estos cuatro días? Ir á tiendas; en Bayona abundan, porque cuentan con la gente que viene de España en el verano. En mala hora pensamos en ir á tiendas, y fué una imprevision no imponernos antes de partir la formal obligación de no hacer compras, porque en poco estuvo que por este motivo nos indispusiéramos unas con otras. Ninguna quería ser menos que otra, y de aquí ha resultado que en cosas bonitas nos gastamos gran parte del dinero que traíamos, y así se descubrió que algunas habían faltado á una de las condiciones del viaje, trayendo más dinero del que se convino. Fuimos prudentes, sin embargo, las demás, y todo se redujo á unas cuantas pullitas, ó sean alusiones é indirectas más ó menos directas, pero sin otras consecuencias.

Una noche hemos estado en el teatro á ver ejercicios de prestidigitación y cuadros disolventes. Hija, ¡qué teatro! ¡qué público! ¡qué prestidigitador! ¡y qué cuadros!...

Y ¡qué palcos!... Parece imposible que en una ciudad como Bayona haya un teatro con bancos de madera en la sala, con unos palcos donde no caben cuatro personas, los cuales tienen una ventana con celosía, y que el público grite, alborote, se quede en mangas de camisa y coma peras á bocados.

En cuanto á teatros, llevamos gran la ventaja á los franceses.

Esta carta se va haciendo larga y no te cuento muchas cosas.

La de Tintin, que venía en la expedición, se desmayó en la fonda al ver enfrente en la mesa redonda á aquel comandante de ingenieros con quien estuvo para casarse, y no se casó porque se interpuso Tintin con sus diez mil duros de renta.

La de Topacio ha perdido en la Barra el retrato de su marido, que lo tenía en un alfiler de cuatro mil reales. Ofrece 500 rs. de gratificación y el retrato á quien le presente el alfiler.

La de Parrilla, que ya sabes está viuda, se ha enamorado de un carlista que está aquí muy tronado, y mucho me temo que se nos case otra vez. Eso sí, el carlista es buen mozo, un andaluz con mucha sal.

La de Cornetilla ha pedido á su marido que la envíe uno de los mundos desde San Sebastian, para llevar todos los postizos de pelo que ha comprado para la cabeza, y de lienzo, ballenas, algodón, acero y hierro que se ha proporcionado para componer y arreglar su desgarrado cuerpo.

Me quedan muchas cosas que contarte, pero lo haré otro día. Esta tarde debíamos volver á San Sebastian, pero hemos tenido que detenernos hasta mañana, porque hemos tenido que poner un parte á San Sebastian para que venga á gran velocidad un marido á pagar en el hotel de la Providence, porque reunido el dinero que nos ha sobrado después de hacer las compras, nos encontramos que nos falta todavía.

Adios, hija mía, te abraza y besa mil veces

LA DE PAJARETE.

Bayona 15 de Agosto de 1871.

ASOCIACION PROPAGADORA  
DE LA  
primera edicion de Don Quijote,  
REPRODUCIDA POR LA FOTO-TIPOGRAFIA (1).

Deseando conmemorar la reproduccion de esta obra con una medalla digna de esta empresa, la Asociacion propagadora abre concurso para la ejecucion de dicha medalla, é invita á los artistas que gusten presentar un proyecto en dibujo, bajo las siguientes condiciones:

1.<sup>a</sup> El dibujo de la medalla debe encerrarse en un circulo de cincuenta milímetros de diámetro y contener un busto ó retrato de CERVANTES ó una agrupacion simbólica de su gran ingenio, á eleccion del artista, ó la alegoria del homenaje que le rinden la FOTOGRAFIA unida á la IMPRENTA reproduciendo su libro incomparable, despues de 266 años. El dibujo sólo se refiere al anverso de la medalla, y contendrá esta inscripcion:  
AL INMORTAL CERVANTES  
LA ASOCIACION PROPAGADORA  
DE LA  
PRIMERA EDICION DEL QUIJOTE

2.<sup>a</sup> Los dibujos que se reciban serán grabados en madera sin el nombre del autor; se publicarán en los periódicos ilustrados y se repartirán entre los señores suscritores á la obra, á fin de que manifiesten el que merezca mayor preferencia para proceder al grabado del troquel.

3.<sup>a</sup> El autor del dibujo elegido recibirá, como recompensa honorífica, un ejemplar de la reproduccion Foto-tipográfica del Quijote, y se citará su nombre en la portada de la misma.

4.<sup>a</sup> Los dibujos deben remitirse á la secretaria de la Asociacion, calle de las Huertas, 40, principal, ántes de fin de Setiembre próximo, bajo pliego que contenga otro cerrado con el nombre del autor.

Madrid 15 de Junio de 1871.—El secretario de la Asociacion, C. Frontaura.

La nueva carta del señor coronel D. Felipe Solís, rebatiendo los cargos que se le hacian en cierta hoja publicada en Madrid y repartida con gran profusion, es sumamente curiosa.

Nosotros profesamos tan alto respeto á los tribunales de justicia, que nos hemos abstenido de hablar hasta ahora una palabra sobre lo que viene ocurriendo en la causa del infame asesinato del desgraciado general Prim (q. e. p. d.). pero séanos lícito manifestar nuestro deseo de que se haga luz en este asunto, y se descubra á los verdaderos autores de aquel crimen, y puedan recobrar la tranquilidad las familias de las no pocas personas que hasta ahora se han visto envueltas en esta célebre causa.

El Sr. Solís dá no pocas explicaciones en su escrito, cuya lectura recomendamos al público. Como dice *La Epoca* muy bien, se presta á graves consideraciones.

¿Cuándo se ponen en circulacion las tarjetas postales? Ese nuevo medio de comunicacion es sumamente conveniente, y debe plantearse desde luego.

Cita *El Eco de España* á un sujeto que es en su pueblo escribano, alcalde y comandante de la milicia, y además de todos esos cargos en el pueblo, tiene en Madrid un empleo de veinte mil reales.

Pues, señor, á poco más es el hombre obispo y capitán general.

Cosas de tiempos de progresistas, que no son por cierto tiempos de progreso.

Se habia dicho que el Sr. Rivero tenía una casa en la calle del Arenal, y dicho señor lo ha desmentido.

Me parece que él lo debe saber. Aunque nosotros no hemos dicho nada de eso, hacemos constar que el Sr. Rivero no tiene ninguna casa en la calle del Arenal.

Yo tampoco, y lo siento bastante.

¿A dónde ha ido Ruiz Zorrilla á buscar esa baraja de gobernadores?...

¿Y qué me dicen Vds. del nombramiento del médico Sr. Mata para gobernador de Madrid?...

¿Y qué me dicen Vds. de un médico y catedrático que prefiere á su profesion meterse á gobernador?...

¡Cosas como las que se ven en tiempos progresistas!...

(1) Se suscribe á esta obra en su Administracion, Carrera de San Jerónimo 45, tercero, en la de EL CASCABEL, plaza de Matute, 2. Se han repartido 5 entregas. Cuesta cada una 20 reales. Toda la obra 26 entregas, y se regalará un tomo de notas é ilustraciones al *Quijote* escritas por el Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

En fin, como dijo el otro, rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Parece, segun dicen, que puede que acaso tal vez probablemente puede ser que tengamos la satisfaccion de que el emperador cesante don Napoleon tercero y último, haga una visita á España.

El hombre, como tendrá ahora poco que hacer, habrá dicho: á viajar, que los viajes enseñan mucho.

Venga en buen hora el señor de emperador, que aquí se le recibirá con cortesía y decoro, como debe hacerse con quien está en desgracia, y sin acordarnos de aquellas pequeñeces que tuvimos con su señor tío.

A los voluntarios de Tiemblo se les han entregado sesenta fusilitos.

Ahora si que temblarán en Tiemblo.

Los carlistas de la frontera se han hecho 5.000 blusas azules con cabos encarnados para entrar en campaña, segun dice *La Correspondencia*.

Me alegro, no de lo de la campaña, sino de lo de las blusas, porque con eso habrán ganado los que hayan vendido la tela azul y los cabos encarnados, y los que las hayan cosido.

Dice un periódico que en la Granja se hacen contra la situacion trabajos de zapa.

—¿De zapa?

—¿Zape!

Tenía un señoron allá por Soria gusto en estar tirando de una noria; y el mulo, que entre tanto descansaba, prudente, como siempre, así pensaba:  
—Entre los caballeros muchos son nuestros dignos compañeros.

Se ha restablecido el pago de un cuartito por cada carta ó pliego que se reciba por el correo.

Si el servicio ha de hacerse mejor, no me opongo á que se pague el cuartito.

Lo que siento es que me va á costar un alon pagar las cartas que vienen con reclamaciones de falta de números.

Proponemos que por cada carta de reclamacion que de sus suscritores presenten las empresas periodísticas en la direccion de Correos, pague ésta dos realitos si quiera.

«El partido unionista afila en silencio las armas que ha de esgrimir contra la situacion.»

Así lo reza un periódico.

Pues señor, me gustaría á mí ver á Rios Rosas, Vega de Armijo, Alvareda, Nuñez de Arce, y tantos y tantos unionistas importantes afilando en silencio las armas. Será una escena imponente.

Los indios de las praderas del Norte de América van á organizarse en república.

Suponemos que el Directorio de aquí les pondrá un telegrama felicitándoles.

Recomendamos á nuestros lectores el uso de El Cos-Hudson, cuyo anuncio verán en el lugar correspondiente, si desean sostener en un perfecto estado de conservacion el finísimo corte de sus navajas de afeitar y otros instrumentos cortantes y delicados.

CHARADITA.

Cuarta y prima es una cosa fatalmente necesaria, que hay que comprarla por fuerza, pero algunos no la pagan; primera y segunda es postre, y prima y terciá en los dramas se suelen ver á menudo y en novelas y en estampas; el que se vá á Buenos Aires, ántes de emprender la marcha toma primera y segunda y terciá, y así se larga descuidado y sin que nadie pueda reclamarle nada; cuarta, primera y terciá abunda mucho en las damas, que cada vez necesitan de tela más y más varas; cuarta y segunda es el nombre de una flor que está en mi casa en el sotabanco, y siempre asomada á la ventana, y el todo ve en los caminos el que por caminos anda.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS  
REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO  
DIRIGIDA POR  
Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y ha comenzado la publicacion del 4.<sup>o</sup>

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tres tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

PÓLIZAS SE COMPRAN.

Porvenir de las familias, Tutelar, y señalamiento de las mismas, Caja U. de Capitales, C. de la Nacional, Crédito Comercial, Peninsulares, y otros valores. Montera, 32, tabaquería. (11)

COMPañIA

de los Caminos de hierro del Norte.

TEMPORADA DE BAÑOS.

Trenes especiales de recreo de Madrid á Vitoria, Zumárraga y San Sebastian.

BILLETES DE IDA Y VUELTA

á precios sumamente reducidos, valederos por un mes. Trayecto en 24 horas.

DESDE LAS ESTACIONES SIGUIENTES Á SAN SEBASTIAN Y VUELTA, CON FACULTAD DE DETENERSE Á LA IDA EN VITORIA Y ZUMARRAGA.	PRECIOS DE IDA Y VUELTA.	
	2. <sup>a</sup> clase.	3. <sup>a</sup> clase.
MADRID .....	460 rs.	420 rs.
AVILA .....	450	400
MEDINA .....	440	90
VALLADOLID .....	430	80
PALENCIA .....	430	80
BURGOS .....	90	60
VITORIA .....	60	36

IDA.—Los miércoles y sábados de cada semana, hasta el 9 de Setiembre inclusive.

VUELTA.—Los jueves y domingos de cada semana hasta el 31 de Agosto inclusive, y despues los jueves sólo hasta el 3 de Octubre inclusive.

HORAS DE SALIDA.—Primero: de Madrid á las doce de la tarde los miércoles y sábados.—Segundo: de San Sebastian á las once y cincuenta minutos de la mañana.

SALES MARINAS DEL CANTABRICO

ó BAÑOS NATURALES DE MAR EN CASA.

Conocidas ventajosamente por el público y los médicos, extraídas de las aguas de alta mar y garantizadas por el farmacéutico Yarto Monzon, San Vicente de la Barquera (Santander.) Se dan *algas* é instruccion detallada. Paquetes de un kilo para un baño 10 rs. en casa del autor y en su único depósito central en Madrid, Ruda, 14, botica de F. Izquierdo. No confundirlas con artificiales ni imitaciones análogas. 1

EL COS-HUDSON.

Preciosa pasta inglesa para afilar las navajas de afeitar, sin que jamás haya necesidad de vaciarlas.

Plaza Mayor, 33; Santo Domingo, 16; Caballero de Gracia, 8; San Sebastian, 2; Carretas, 29 y 22; Montera, 4 y 22; Cármen, 14; Mayor, 1; Carrera de San Jerónimo, 13; Puerta del Sol, 13; Peligros, 16; Sevilla, 2; Geroná, 3; Arenal, 17; Luna, 10; Desengaño, 14 y 11; Atocha, 87; Magdalena, 11, y Cava baja, 20.

Los pedidos de fuera á D. Valenriao Perez, Atocha, 19 y 21, comercio.

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE EL CASCABEL.

Plaza de Matute, núm. 2.

LA FONTANA DE ORO, novela preciosa elogiada por toda la prensa, original de D. Benito Perez Galdós. Un tomo de 410 páginas 12 rs. y 14 para provincias.

VIAGE CÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARÍS, por D. C. Frontaura. Un tomo de 300 páginas, con láminas, 4 rs. en Madrid, 6 para provincias.

LAS TIENDAS, diálogos humorísticos por D. C. Frontaura. Un tomo de 300 páginas, 4 rs. en Madrid, 6 para provincias.

ROMANCES POPULARES, por D. C. Frontaura. Un tomo 4 rs. en Madrid y para provincias.

EL CABALLO BLANCO, estudio de costumbres teatrales, por D. C. Frontaura, 4 rs. en Madrid y provincias.

HISTORIAS TRISTES, por D. C. Frontaura, 2 rs. en Madrid y 3 en provincias.

De las obras de D. C. Frontaura tituladas CARICATURAS Y RETRATOS, COSAS DE MADRID Y GALERÍA DE MATRIMONIOS, quedan poquísimos ejemplares, y se vá á proceder á su reimpression. Precio de cada una 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

JULIO FAYRE Y EL CONDE DE BISMARCK, por D. E. Castelar; un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

A. THIERS Y A. DUMAS, por D. E. Castelar. Un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

ALMANAQUE DE JUAN PALOMO para 1871; un bonito libro impreso en la Habana, 10 rs.

CONSEJOS Á LAS MADRES. Utilísima obra para criar sanos y robustos á los niños. Un tomo de 20 pliegos, 8 rs.

ELEMENTOS DE FORTIFICACION PASAJERA, libro escrito y dedicado á los señores oficiales de las armas generales, por el coronel D. Emilio Bernaldez. Un tomo 10 rs.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4, (BARRIO DE RECOLETOS.)